

Origen, consolidación y vigencia de los preceptos patriarcales asignados al género femenino y masculino y su refractación en los cuentos *El gato negro* de Edgar Allan Poe y *Es que somos muy pobres* de Juan Rulfo.

Rodolfo Fernández Carballo*
Andrea Duarte Cordero**

Recepción: 1 de setiembre de 2006

Aprobación: 6 de octubre de 2006

Resumen:

En este artículo se dan a conocer en forma breve los orígenes, la consolidación y la vigencia de los preceptos que el sistema y la ideología patriarcal han asignado a los géneros femenino y masculino, y, a partir de las concepciones teóricas bajtinianas, se pretende demostrar la refractación de dichos preceptos en los cuentos *El gato negro* de Edgar Allan Poe y *Es que somos muy pobres* de Juan Rulfo.

Palabras claves: Sistema patriarcal, ideología patriarcal, géneros, Bajtin, refractación, Edgar A. Poe, Juan Rulfo.

Abstract:

In this article are given to know the origins, the consolidation and the use of the rules that the patriarchal system and ideology have assigned to the feminine and masculine genders, and, from the bajtinian theoretical conceptions, is tried to demonstrate the refraction of these rules in the stories *El gato negro* of Edgar Alla Poe and *Es que somos muy pobres* of Juan Rulfo.

Key Words: Patriarchal System, Patriarchal Ideology, Genders, Bajtin, Refractation, Edgar A. Poe, Juan Rulfo,

La literatura es una ficción, una invención artística y creativa que surge de la mano de un sujeto colectivo en tanto están en él las imágenes, los principios y las ideas de la sociedad a la que pertenece. Al escribir, el escritor plasma en su obra las ideas de una colectividad y, por ello, se refractan en esos textos las condiciones del mundo histórico concreto del que surgen. (Bajtin, 1986:159). Si en las “voces socioideológicas” de los grupos sociales predominan criterios patriarcales, estos se verán refractados en cuentos y novelas de carácter literario, aspecto que se pretende demostrar en este análisis de dos cuentos de connotados escritores americanos. Sin embargo, antes de proceder a dicho análisis, es necesario clarificar, aun en forma breve, el origen de esos criterios, su consolidación y vigencia. Además, será necesario puntualizar los preceptos patriarcales, en particular aquellos asignados al género femenino y masculino.

* Profesor del Departamento de Ciencias Sociales y en el Sistema de Educación General de la Sede de Occidente de la Universidad de Costa Rica. [rodofercar@yahoo.es]

** Profesora en el Colegio de Esparza.

1. Orígenes históricos de los preceptos ideológicos del patriarcado asignados al género femenino y masculino.

Se incluyen en este punto referencialidades generales sobre el lejano origen de la humanidad, la potencialidad de las mujeres, el culto a la diosa Madre, los cambios económicos y sociales, el vínculo estrecho entre el dominio de los hombres y el surgimiento de los dioses masculinos, la consolidación mediante la ley escrita de preceptos sociales y el control de la sexualidad femenina.

1.1. El lejano origen de la humanidad.

El proceso de la evolución remonta al periodo Cretácico en su época superior, hace más de 100 millones de años, el surgimiento de los primeros primates, los que a su vez son producto también de una lejana evolución. En el proceso desde la época superior señalada hasta hace dos y medio millones de años, el desarrollo de lo que sería la especie humana pasa por múltiples líneas, géneros y familias, hasta desembocar en el "Homo Habilis". Este tenía la particularidad de utilizar la inteligencia para adaptarse al entorno y sus cambios, pero, sobre todo, se expresó probablemente en un lenguaje simbólico (Dué, 1994:21), lo que marca el momento histórico del surgimiento de la humanidad.

El "Homo Habilis" evoluciona hacia el "Homo Erectus" hace dos millones de años. Ya entonces existían núcleos familiares, fabricación de herramientas, caza, recolección, pesca, conservación del fuego y cocción de alimentos; pero aquellos seres seguían siendo nómadas adaptándose al medio y buscando siempre mejores condiciones para sobrevivir.

El proceso evolutivo continuó hacia el "Homo Sapiens" arcaico, luego el Hombre de Neandertal hasta llegar al "Homo Sapiens Sapiens" hace nada más que ciento cincuenta mil años. Este "hombre sabio", se extiende desde su cuna en África hacia Europa y Asia, y llega a América a través del puente de Bering hace 14.000 – 12.000 años. Luego, emigrando al sur, recorren las grandes praderas, pasan a América del Sur y llegan a la Patagonia hace 11.000 años. (Haywood,2000:13).

El desarrollo cultural de estos cercanos antepasados, incluye el uso de arpones y anzuelos, artículos fúnebres y el desarrollo de representaciones gráficas en piedra, hueso, mármol o el arte mural que se remite a hace diez mil años, y en el que hay una expresividad religiosa donde los símbolos femeninos jugaban un papel de primer orden, un "rol preponderante" como lo señala Eisler (1997:6y7). Es necesario entonces, hacer una clara referencia y particularizar este proceso de la importancia de lo femenino, para contribuir y solidificar la explicación posterior cuando los papeles de lo femenino y masculino se van a invertir.

1.2. La potencialidad de las mujeres en el origen evolutivo de la humanidad.

El paso de la posición de apoyo de las cuatro extremidades a la posición erecta, marcó un cambio físico que tendría implicaciones trascendentales en la cultura de la humanidad. Al estrecharse los huesos pélvicos y el canal del parto (Lerner,1990:68), la relación entre las crías inmaduras y su madre es más íntima y dependiente. La madre da la vida y la nutre, es ella y solo ella en ese momento, la portadora

de vida, la que reproduce la especie. Esta relación, que se prolonga por varios años entre madre e hijo, hace que nazca la afectividad y el sentimiento amoroso, y esa relación contribuye a que madre y crías permanezcan en sitios específicos para la protección y el cuidado de los pequeños; lo que implica a su vez, que mediante la observación, la mujer detecte con mucho detalle, el pasar de las estaciones, la diferencia de frutos según la época, los animales dóciles que se acercan a comer semillas desechadas u otros alimentos no utilizados, la extracción de raíces comestibles por esos animales, el germinar de las semillas, la posibilidad de cazar animales pequeños y de mediano tamaño, la selección de hierbas alimenticias e incluso curativas y otros aspectos que solo la observación rigurosa de la naturaleza permite descubrir. Indica atinadamente Alvarado al respecto lo siguiente:

Son las mujeres las que fabrican recipientes naturales para guardar alimentos y resulta muy probable que hayan inventado las más básicas tecnologías sin las cuales la civilización no se habría desarrollado: la agricultura y la domesticación de animales. Es de suponer que esto sucediera así, pues al estar ellas a cargo del procesamiento de los alimentos, posiblemente fueron las primeras en enterrar las semillas o bien, observar cómo germinaban días después de haber sido tiradas; igualmente debieron de alimentar y cuidar los animales jóvenes de la misma manera que lo hacían con sus propios vástagos. (2002:21).

La mujer entonces, no es sólo la dadora de vida y su fuente nutricia, sino también la que domestica animales en su fase inicial, la que descubre la germinación de las semillas (punto de partida de la agricultura), la que conserva los alimentos y la que descubre las potencialidades alimenticias y curativas de frutos, hierbas y múltiples vegetales y tubérculos. Todo esto implica un ligamen estrecho entre la mujer como procreadora, y las creencias de carácter míticoreligioso.

1.3. El culto a la gran Diosa Madre.

Diferentes estudios arqueológicos recientes como los de Catal Huyuc y Hacilar en la actual Turquía, los nuevos enfoques sobre viejos hallazgos e incluso las interpretaciones desde otros paradigmas del arte del neolítico y los mitos ancestrales, permiten llegar a una conclusión convergente: en el período neolítico, hace 6.000 o 5.000 años, estaba vigente una “cultura matriarcal” (Husain,2001:30), entendiéndose por tal el papel significativo de la mujer y centrado en la Diosa Madre como fuente de todas las formas de vida (Eisler, 1997:7).

Es decir, la figura cosmogónica central, la fuerza del universo, el centro del mundo, el origen del todo, era una diosa. Y esto está ligado, por supuesto, al significativo papel de la mujer como engendradora de vida; por ello las estatuillas del período conocidas como Venus son de caderas anchas y senos resaltados. Además, se liga a la mujer con la tierra, producto de las primeras sociedades agrícolas que observaban, en una y otra, la germinación de vida.

Este papel de la figura de la diosa fue universal y permaneció inalterado “hasta al menos el IV milenio antes de Cristo” (Rodríguez, 2000:248), cuando empiezan a surgir las deidades masculinas, primero inferiores, luego similares en función y poder y luego superiores a las deidades femeninas. Nacen

así los dioses masculinos a imagen y semejanza del hombre, convirtiendo luego al varón, en imagen y semejanza de aquellos dioses.

1.4. Los cambios en las actividades económicas y el dominio de los hombres.

El paso de las sociedades preagrícolas y recolectoras a las agrícolas y de pastoreo, marca un cambio significativo en la organización social y el papel de mujeres y hombres en la sociedad. Este complejísimo proceso evolutivo económico-social no ocurre en un lapso corto, ni de manera general en todos los espacios; además, existen múltiples propuestas explicativas en torno a dicho fenómeno. Entre las múltiples hipótesis explicativas de surgimiento del dominio masculino en la economía y la sociedad a partir del período neolítico, se pueden resumir las siguientes:

a-) La actividad agrícola y la domesticación de animales, ambas actividades desarrolladas a mayor escala en épocas anteriores, exigieron la “fuerza bruta” del hombre quien se apropió no solo de las actividades generadoras de alimento, sino también de la riqueza por ellas producida. Esto hizo que el hombre deseara, posteriormente, heredar la riqueza de sus rebaños y tierras a sus vástagos, por lo que exigió fidelidad a una mujer, para garantizar así la paternidad de sus hijos. Esta nueva familia – porque anteriormente la mujer era libre de tener los hombres que deseara y los hijos se reconocían como hermanos por líneas materna -, se caracterizará entonces por la potestad paterna sobre la mujer y los hijos, no siendo ya la mujer libre, sino propiedad de un pater, un patriarca. Así, el hombre se garantizaba que sus bienes privados pasaran no solo como herencia a sus hijos, sino que estos hijos, con el deseo de heredar esos bienes, cuidarán de su padre. En síntesis, el hombre es el centro dominador, la mujer objeto reproductivo y fiel y los hijos legítimos descendientes herederos del padre.

b-) La “naturaleza” ha dotado a la mujer de la “función natural” y “biológica” para la reproducción, y al hombre de “fuerza y dominación”. La mujer es “débil”, ya que así “lo determina” su constitución física y está “destinada” a engendrar, crear y reproducir la especie. “Pasará” así la mayor parte de la vida pariendo y creando hijos, “repetiendo” la vida. En cambio, el hombre es de “gran fuerza”, cazador y guerrero, inventor y protector de la “débil” mujer. Es, gracias a su fuerza, como se apropia de las riquezas, de las actividades, del mundo, en fin, del poder.

c-) El hombre es “autoridad y poder” y la mujer está “subordinada” al hombre por una “elemental y sencilla razón”: así lo “quiso” Yahvé, Dios o Alá. Esta es la explicación de carácter míticoreligioso sobre la cual abundan ejemplos en la vida cotidiana, en las celebraciones religiosas y en el imaginario colectivo y que ha sido transmitida de generación en generación.

d-) En el V milenio antes de Cristo y producto de cambios drásticos en el clima, hambrunas y caos social, grupos de pastores esteparios nómadas procedentes del nordeste de Asia y Europa, invaden y devastan la Europa antigua en olas que van desde el 4.300 al 2.500 a.C. Estos grupos pastoriles eran gobernados por poderosos guerreros sacerdotes y poseían divinidades de la guerra. Estas actitudes respondieron a un medio hostil, de desgaste ambiental, continuas luchas por fuentes de agua y tierra con pastos, aniquilamiento de animales no aptos para la reproducción y sobrevivencia de los más fuertes en épocas de escaso alimento. Estas condiciones propiciaron el estímulo a la fuerza física bruta, a la agresión, la

violencia, la destrucción y la muerte. Todas esas ideas invaden y se imponen en Europa desde el siglo V al siglo I, pasando del modelo anterior a un modelo nuevo (Eisler, 1997).

1.5. El dominio de los hombres: el surgimiento de los Dioses.

La sociedad es un conjunto de elementos y sus interrelaciones, por ende, las creencias incluyen mitos y prácticas rituales que hoy se definen como religiosas, y están íntimamente vinculadas a las situaciones sociales y estas, a su vez, a las económicas. La religión es, por lo tanto, un producto social que expresa y reproduce las condiciones en que se desenvuelve la sociedad. Así, ese paso de las sociedades preagrícolas y recolectoras a las agrícolas y pastoriles ya referidas, cuando hay un cambio del papel de la mujer y del hombre en la sociedad, va a marcar también una configuración religiosa de carácter diferente al anterior. Si antes la mujer era el centro de la vida, las diosas alcanzaban la máxima expresión míticoreligiosa, ahora son los hombres el centro de dominio, los dioses alcanzarán el centro en la creación religiosa. Esto no implica que, anteriormente, no hubiese dioses y sólo diosas, pero el papel que ocupaban era secundario. Sin embargo, en un proceso de milenios, los dioses secundarios evolucionan hacia iguales y luego a superiores, todo ello en vínculo estrecho con el papel de varón en las nuevas sociedades agrícolas y ganaderas.

Los nuevos dioses se apropian de las anteriores cualidades femeninas y el hombre, ahora dueño de la riqueza y depositario del poder, inventa los dioses a su imagen y semejanza y los ajusta a sus cualidades: Marduk, Baal, Zeus y Alá. A la par de ellos, se encuentran las comunidades propagadoras del culto a ese dios, que los hacen aparecer como los creadores del hombre, en un círculo de justificaciones del poder de la divinidad y por ende, poder del HOMBRE. La oralidad, y luego la escritura, se encargarán de asignar los preceptos de los dioses, para hombres y mujeres, ¿Cuáles serían los preceptos que un Dios creador a imagen y semejanza del patriarca le otorga a los hombres? ¿Y cuáles los preceptos otorgados a la mujer, antecesora de la divinidad, pero ahora desplazada por el dios Marduk o por Yahvé?

1.6. De la oralidad míticoreligiosa al código y la ley escrita.

Los principios y valoraciones míticoreligiosas fueron enseñados y transmitidos en las sociedades neolíticas mediante la oralidad. El recurso de la memoria en personalidades religiosas era fundamental. Esas prácticas continuaron por miles de años, pero poco a poco y en las sociedades más avanzadas pasaron a la escritura, ahora fijadas en códigos y leyes de acatamiento obligatorio. En ellas, por supuesto, se expresó un mundo de dominio de los hombres, destacando a reyes y batallas, guerreros y cazadores, poder y violencia. En cambio, la mujer aparece ahí sometida, inferior y bajo estricto control de varón.

En el viejo Código de Hamurabi o las leyes asirias o hititas, el hombre es figura del bien y la mujer portadora del mal, el hombre es dueño y señor y la mujer posesión, objeto, subordinada al marido, obligada a la castidad y castigada por su adulterio. En las Doce Tablas, las leyes de Solón, el derecho romano, las sentencias de Confucio, los libros de los Vedas, la Biblia y el Corán, existe una coincidencia. Al respecto Falcón indica: "a veces hasta con las mismas frases y palabras en afirmar que la mujer es un

ser sometido al varón para cumplir su única misión en la tierra: concebir y parir hijos y satisfacer las necesidades sexuales del hombre que la poseyera.” (1994:36).

El dominio del varón se convierte no solo en ley, sino en mito divino, pues los libros que expresan las visiones de los patriarcas se divinizan, se convierten por arte de la magia del dominador en palabra sagrada. Ahora ley y divinidad son uno solo y, por ende, el dominio y la subordinación constituyen mandato divino, ideologización extrema.

En Mesopotamia, cerca del 3400 a.C. en las tablillas de arcilla, ya hay referencias abiertamente patriarcales y de ahí pasan al bajo y alto Egipto y luego a la cultura griega y romana, fundamentos del mundo occidental. Aparecen Sargón, Hammurabi, Salomón, Pablo, Daniel, Santiago, Pedro, Alejandro, Constantino y mil nombres más, todos hombres escribiendo lo que es, lo que debe ser y lo que no será nunca. Visiones de exaltación, legitimadoras, pero de reducción a la mujer. El hombre elabora la teología y la ley, se representa a sí mismo como la norma, el centro y el poder; la mujer es la desviación, el ser inacabado, la debilidad y el pecado. Consolidación, en más de tres mil años, de un sistema patriarcal que impone el poder del hombre e intenta borrar todo recuerdo del antiguo sistema ginocéntrico donde destaca la potencialidad de las mujeres y el culto a la diosa Madre de los orígenes. Intentos que no han podido borrar del todo el culto a la feminidad, como queda en evidencia con la multitud de vírgenes y el multitudinario culto y la veneración a esas figuras femeninas.

1.7. El control social de la sexualidad femenina.

El proceso de cambio de las sociedades recolectoras y preagrícolas a las agrícolas y pastoriles, no solo marcó un cambio en la economía y el papel de hombres y mujeres en la sociedad, sino que interrumpió en forma abrupta, una tradición sexual donde erotismo y placer constituían expresiones cargadas de espiritualidad y en vínculo con las creencias míticas y religiosas (Eisler,2000). De aquella tradición al nuevo sistema de dominio, el que evidentemente reducía a la mujer, hay una degradación, distorsión y represión de la sexualidad. Entre los mecanismos empleados para lograrlo, se procede a la difamación del sexo y de la mujer, así como a la asociación o equivalencia entre excitación sexual y dominar o ser dominado (Eisler,2000:4). Toda expresión erótica, de placer sexual, de sexogenitalidad y feminidad sexual, es degradada y perturbadora, por ende, sujeta a dominio e incluso castigada. La mujer es simplemente receptáculo reproductor e incluso se le faculta para que desobedezca a su marido, si en la relación sexo-genital no media ese objetivo “exclusivo” de su “naturaleza”: la “reproducción”. Así lo plantea Klapisch-Süber al indicar:

El único caso en que la mujer puede y debe infringir su deber de obediencia hacia el marido, aún a costa de su vida, tiene lugar cuando él impone en la unión carnal una posición que “rompe el orden de Dios”, haciendo que la mujer “se convierta en bestia o en varón” e impidiéndole concebir. (1995:312 y 313).

La mujer y su sexualidad son ahora la representación del mal y la serpiente, antiguo símbolo de la diosa de fertilidad, es ahora, el símbolo del mal. La diosa Madre Original se convierte en un demonio y su par sobreviviente a la represión, es desfigurada en su sexualidad a tal extremo que logra parir siendo virgen, por supuesto sin placer y sin amores cargados de erotismo. Destrucción o intento casi total, para destruir el placer. El discurso se impuso y miles de voces varoniles lo pregonaron: el placer es sinónimo de maldad, de pecado, de suciedad y “por supuesto”, “de mujer”. Ante la imposibilidad de evitarse, oficialmente, se aplica para la reproducción.

En síntesis, la sociedad de fuerza, violencia, poder y muerte, reprimió la sexualidad femenina y distorsionó la sexualidad masculina; ya el placer no es un acto vivencial, sino de dominio.

2. El patriarcado y las creaciones culturales de la sociedad.

El patriarcado es un orden social o sistema de relaciones familiares, sociales y políticas que genera una ideología patriarcal o forma de pensamiento de carácter patriarcal. Dicho sistema social se fundamenta en relaciones asimétricas de poder que se sustentan en la supremacía de lo masculino y en la consideración de lo femenino como inferior y subordinado, dando origen así a preceptos de carácter ideológico. Estos preceptos, de orden social, implican en mayor o menor medida la imposición directa o solapada de órdenes por parte de los hombres, o las instituciones que le representan, sobre las mujeres. Los preceptos son entonces reglas u obligaciones de carácter social, las que a su vez, encubren una contradicción social: la generada a partir del dominio del hombre y la subordinación de la mujer en un mundo donde hombre y mujer forman parte de la humanidad. Se está así ante distorsiones del pensamiento hechas ley, ante la ideología que legaliza socialmente esas contradicciones, construyéndolas como lo indica Bottomore, en “soluciones mentales o discursivas, que encubren o falsifican, efectivamente, la existencia y características de esas contradicciones” (1984:381).

El patriarcado es un modelo de dominación, un sistema de explotación con relaciones asimétricas donde los hombres tienen bajo control los aspectos más importantes de la sociedad. Además, la cultura patriarcal contiene características atribuibles a lo masculino y lo femenino pero que, por mecanismos de la ideología, hace aparecer como naturales y universales, es decir, como propios de la naturaleza de los hombres y las mujeres.

La cultura patriarcal define para el varón características relacionadas con el predominio de lo racional sobre lo afectivo, la negación de la ternura y la debilidad, la utilización de la fuerza y la violencia, la heterosexualidad y la detentación del poder político, económico y social en la vida pública y privada. Sus contrarios serían propios de la feminidad, tal y como lo indican Campos y Salas:

La ideología patriarcal sostiene que lo masculino y lo femenino son dos realidades psicológicas diferentes, y que lo masculino corresponde a los varones y lo femenino a las mujeres. Lo masculino se asocia con lo fuerte, lo racional, lo agresivo, y lo femenino con lo pasivo, lo afectivo, lo débil. (2002:33).

En términos generales, entonces, el patriarcado es un orden social que genera una ideología patriarcal cuyos preceptos apuntan al dominio masculino y la subordinación femenina; y esta ideología se expresa en las diversas creaciones culturales de la sociedad, entre ellas las obras artístico-literarias.

Una obra literaria es un escrito de carácter ficcional, es una invención artística y, por ello, creativa, que surge de la mano de un sujeto determinado. Sin embargo, esa obra no surge de la nada, sino que está permeada por un conjunto de valores e imágenes tanto del escritor como del medio en la que se produce. Es decir, una obra no es un producto aislado de su entorno, sino que, emerge a partir de él, y surge además de un puño y letra que se encuentran en ese medio y que además ha establecido un conjunto de interrelaciones con su hábitat. Entonces, el escritor lejos de ser un sujeto individual es un sujeto colectivo en el tanto están en él las imágenes, los principios y las ideas de la colectividad a la que pertenece. Por lo tanto, al escribir, el escritor plasma en su obra las ideas de una colectividad que pasan a través de la voz de un sujeto particular.

En la obra literaria, están presentes las “voces de la sociedad”, de diversos grupos sociales, “voces socioideológicas” que se convierten en un “microcosmos de plurilingüismo” (Bajtín, 1986:256), expresión de condiciones socio-económicas, políticas y culturales de un contexto histórico determinado. La creación literaria por lo tanto, refracta (Bajtín, 1986:159) las condiciones del mundo histórico concreto. Sin embargo, esa refracción no es un reflejo, una copia, una fotografía hecha escritura, sino la asimilación y proyección refractada por la mano del escritor trasindividual de aquellas condiciones históricas en las que él se encuentra. Además, el ligamen entre la obra y las condiciones en las que surge lleva al descubrimiento, en las palabras de la creación artística, de los centros dominantes del mundo ideológico real que circunda la obra. A esto, Bajtín lo denomina el centro axiológico dominante, centro que se observa en las obras literarias de las diversas épocas históricas. En conclusión, el diálogo social resuena en las palabras, o como lo plantea Bajtín “cada palabra ‘huele’ a los contextos sociales en los cuales ha vivido” (1986:121).

En síntesis, se tienen dos aspectos concretos: primero un orden patriarcal generador de una ideología patriarcal que asigna preceptos determinados al género femenino y masculino, los cuales indican la subordinación de lo femenino y el dominio de lo masculino y segundo, la refracción de dichos preceptos ideológicos en las obras culturales de la sociedad, en particular, en las creaciones artísticoliterarias.

3. Los preceptos ideológicos del patriarcado asignados al género femenino.

En general ya se han citado diversos elementos que el sistema u orden patriarcal y sus ideas le asignan al género femenino y masculino, y en diferentes épocas y espacio, inclusive hoy, están vigentes en forma total o parcial, o bien siguen vigentes en los imaginarios colectivos en barrios, pueblos, ciudades, países y continentes.

Sin embargo, para efectos prácticos y comprensivos es oportuno sintetizar dichos preceptos de la manera siguiente:

- El género femenino es “inferior” en relación con el género masculino o está en grado de “inferioridad” y “subordinación”. La mujer está “subordinada” al hombre en las relaciones de poder. Es la mujer un ser “pequeño”, comparativamente, con el hombre al que se asocia con la “grandeza”. La relación mujerhombre es una relación asimétrica de “inferioridad-superioridad”.
- La mujer “no debe ejercer” el control y mandato o la autoridad mayoritaria e incluso,- en menor escala – en los factores económicos, sociales, políticos, religiosos, ideológicos, represivos y culturales de la sociedad. En la vida pública de sociedad, la mujer “no debe” poseer la autoridad y control del poder.
- La mujer “no debe” ejercer la autoridad y el poder en la vida familiar y privada. En el seno del hogar, la mujer “no desempeña” funciones que alteren la autoridad del varón y “no puede” ejercer la potestad o mandato sobre sus hijos.
- Las mujeres “están asignadas por naturaleza” al ámbito de lo doméstico.
- La mujer es “débil” en su físico, carácter, su personalidad, su moralidad y su sexualidad.
- La mujer “está asociada” a lo afectivo, irracional, inoportuno, incoherente, insatisfecho, insatisfactorio. Las cualidades de lo femenino son mayormente “negativas e insignificantes”.
- “Principios inalterables” en la mujer son la virginidad antes del matrimonio, la monogamia, la fidelidad absoluta y la maternidad.
- La sexogenitalidad de la mujer “está restringida” al matrimonio, es controlada y vigilada por el varón, es “esencialmente reproductiva” de hijos legítimos los que, a su vez, y, por ese principio, son herederos legítimos.
- La sexogenitalidad ejercida por la mujer bajo su propia libertad y decisión “es negativa, pecaminosa, degradante, llena de maldad, demoníaca, alteradora del orden, ilegítima, licenciosa, con lujuria y en todo caso peyorativa”.
- La autointerpretación y autorepresentación femenina “es en muchos casos reduccionista, negativa e incluso peyorativa”.
- El género masculino es “superior” en relación con el género femenino o está en grado de “superioridad” y “dominio”. El hombre domina a la mujer en las relaciones de poder. Es el hombre un ser de “grandeza”, comparativamente, con la mujer que está asociada a la “pequeñez”. La relación hombre mujer es una relación de “superioridadinferioridad”.
- El hombre “debe ejercer” el control, el mandato y la autoridad total o casi total y en todo caso mayoritaria, en los factores económicos, sociales, políticos, religiosos, ideológicos, represivos y culturales de la sociedad. En la vida pública de la sociedad, el hombre “debe” ejercer la autoridad y el control del poder.
- El hombre “es” la cabeza de la familia y el hogar. “Ejerce” la autoridad y el poder con su familia y en la privacidad de su alcoba. Todo elemento que necesite dirección y autoridad en la casa, “estará” a cargo del hombre, “jefe” de la familia.
- El hombre “está asignado por naturaleza” al ámbito de lo público.
- El hombre es “fuerte” en su físico, su carácter, su personalidad, su moralidad y su sexualidad.

- El hombre “está asociado” a lo racional, lo oportuno, coherente, satisfecho y satisfactorio. Las cualidades de lo masculino son mayoritariamente o casi en su totalidad positivas y significativas.
- Principios permisibles en el hombre son la promiscuidad sexual antes del matrimonio, la infidelidad, la poligamia y el abandono de sus responsabilidades de paternidad fuera del matrimonio.
- La sexogenitalidad en el matrimonio “es controlada” por el varón quien desea tener hijos legítimos para tener a su vez herederos legítimos. Él es quien decide, arbitrariamente, sobre los asuntos relacionados con las relaciones sexogenitales.
- La sexogenitalidad ejercida por el varón bajo su propia libertad y decisión es permisible, positiva, legítima, agradable, y en todo caso valorativa.
- La autointerpretación y autorepresentación masculina es, en la mayoría de los casos, positiva o potencialmente positiva.

En general, en la sociedad y en las ideas dominantes sobre las mujeres y los hombres en tanto construcciones genéricas e históricas, se expresan disvalores asociados a lo femenino y valores asociados a lo masculino. Estos principios asimétricos, indica Harris, forman parte de esa “enorme colección de grabaciones en el cerebro de acontecimientos indiscutidos o impuestos, de tipo externo, percibidos por una persona en los primeros años de la vida” (1978:48), muy difíciles de superar, aún y cuando la realidad vivida muestre algo completamente diferente. Así, bajo la ideología patriarcal, los principios asimétricos son perturbadores e inciden y afectan a hombres y mujeres para el resto de sus días y en todos los ámbitos de la cultura.

4. Refractación de los preceptos patriarcales asignados al género femenino y masculino en los cuentos *El gato negro* de Edgar Allan Poe y *Es que somos muy pobres* de Juan Rulfo.

4.1. *El gato negro* de Edgar Allan Poe.

4.1.1. Edgar Allan Poe.

Edgar Allan Poe (1809-1849), escritor, poeta y crítico estadounidense es más conocido como el primer maestro del relato corto, de terror y misterio. Nació en Boston el 19 de enero de 1809. En 1827 publica anónimamente su primer libro, *Tamerlán y otros poemas*. En 1829, apareció su segundo libro de poemas, *Al Aaraf*. Al año siguiente de publicar su tercer libro, *Poemas* (1831), se trasladó a Baltimore, donde vivió con su tía y una sobrina de 11 años, Virginia Clemm. En 1832, su cuento *Manuscrito encontrado en una botella* ganó un concurso patrocinado por el *Baltimore Saturday Visitor*. De 1835 a 1837, fue redactor de *Southern Baltimore Messenger*. En 1836, se casó con su joven sobrina y durante la década siguiente, gran parte de la cual fue desgraciada a causa de la larga enfermedad de Virginia, Poe trabajó como redactor para varias revistas en Filadelfia y Nueva York y su trabajo consistió en reseñar libros, escribiendo un significativo número de críticas. Sus ensayos se hicieron famosos por su sarcasmo, ingenio y exposición de pretensiones literarias; son valoraciones que han resistido el paso del tiempo

situándole entre los mejores críticos literarios estadounidenses. Sus teorías sobre la naturaleza de la ficción y, en particular, sus ensayos sobre el cuento, han tenido una influencia duradera en escritores americanos y europeos.

Poe fue quien inició la novela policíaca. Quizá su relato más famoso en este género sea 'El escarabajo de oro' (1843), que trata de la búsqueda de un tesoro enterrado. 'Los crímenes de la calle Morgue' (1841), 'El misterio de Marie Rogêt' (1842-1843) y 'La carta robada' (1844) están considerados como los predecesores de la moderna novela de misterio o policíaca.

Además de su soberbia construcción argumental, la mayoría de sus cuentos sobresalen por la morbidez de su inventiva. Destacan 'La caída de la casa Usher' (1839), en el que tanto el argumento como los personajes acentúan la penetrante melancolía de su atmósfera; 'El pozo y el péndulo' (1842) es un escalofriante relato de crueldad y tortura; en 'El corazón delator' (1843) un maniaco asesino es impelido por su inconsciente a confesar su culpa, y 'El barril del amontillado' (1846), es un relato estremecedor de venganza. Es en esta época, fines de los años treinta e inicios de los cuarenta cuando escribe *El gato negro*. En 1847 falleció su mujer y él mismo cayó enfermo muriendo el 7 de octubre de 1849.

4.1.2. Diégesis de *El gato negro*.

Un hombre, ante lo cercano de su muerte, expone una serie de acontecimientos caseros que le han aterrorizado. Él es amante de los animales y así recuerda esa predilección que se daba desde su infancia. Una vez casado siguió con esa inclinación y tenía un gato negro llamado Plutón, su animal favorito. Pero su temperamento y carácter se alteraron producto del alcoholismo de tal manera, que se volvió irritable y desconsiderado hacia los sentimientos de los demás, incluida su mujer, a la que trataba de mala manera y agredía, aspecto que también hacía con los animales.

Una noche en que llegó, totalmente ebrio a su casa, maltrató al animal y este reaccionó mordiéndole la mano. Entonces, el hombre tomó el animal por el cuello y con un cortaplumas le extrajo un ojo. El animal se fue recuperando, pero presentaba su cuenca un aspecto horrible y además, evitaba todo contacto con quien había sido su protector. Ante esta situación, el hombre con espíritu de perversidad y con el deseo "de hacer el mal por el solo amor al mal" ahorcó al gato "porque sabía que me había amado, y porque sentía que no me había dado ningún motivo para castigarle".

En la noche de ese mismo día, su casa se incendió, logró sobrevivir él, la esposa y el criado. Nada se salvó y la destrucción fue completa. Sin embargo, al visitar las ruinas al día siguiente, notó que una pared no se había caído y en torno a ella se congregaba "un denso gentío". El motivo de tal concentración era que en dicha pared había un bajorrelieve esculpido con un enorme gato que tenía alrededor de su cuello una cuerda. Este bajorrelieve fue producto, según el hombre, del hecho de que el gato fue lanzado por alguien a su cuarto y cuando se produjo el incendio, una pared le cayó encima aprisionándolo contra esa otra pared que tenía un argamaso de cal fresca. Entonces, la acción del fuego y el amoníaco que desprendía el cadáver del felino impregnaron el retrato del animal en dicha pared. Sin

embargo, y a pesar de esta explicación, continuó con aquella imagen y con notables sentimientos de remordimiento, incluso con el deseo de hallar otro gato con la misma apariencia del anterior.

En una noche y en “un rincón más que infame”, observó en la parte superior de un gran barril de ginebra o de ron un gato negro casi exacto a Plutón, la única diferencia era una mancha blanca que le cubría el pecho. Ofreció comprárselo al dueño del establecimiento, pero este le dijo no saber nada “del bicho y nunca lo había visto antes”. Cuando abandonó el sitio, el gato lo sigue y le acompaña hasta su casa y se hace amigo de su mujer. Sin embargo, el hombre pronto empieza a sentir antipatía por el animal hasta que llega a tomarle un inexplicable horror y huye de su presencia, máxime que el animal carecía de uno de sus ojos al igual que Plutón. Su mujer, sin embargo, con un gran sentimiento y humanidad le toma gran cariño al animal. Este, a pesar de que el hombre se escabullía de su presencia, lo seguía a todas partes e incluso se le encaramaba en sus rodillas cuando estaba sentado, le rodeaba sus piernas y subía hasta su pecho.

El hombre sentía pavor por el animal y este se incrementó al descubrir –ya que se lo dijo su mujer-, que la mancha blanca adquiriría cada vez con mayor claridad “la imagen de la horca”. Este terror se hacía espanto cuando en la noche despertaba y se encontraba frente a su rostro con el tibio aliento del gato posado en su pecho. Entonces, se apoderaron de él “los más oscuros y malvados pensamientos”. Empezó a odiar a su esposa y a tener arranques de cólera hasta que un día bajó al sótano de su casa, el gato se le atravesó y casi lo hace caer. Ante ello montó en cólera, tomó un hacha y asestó un golpe al animal que hubiese sido mortal si su mujer no hubiera detenido su brazo. Entonces, retiró el puño de su esposa y hundió el hacha “en el cráneo de la infeliz mujer, que cayó muerta sin lanzar ni un gemido”. Ante el crimen, decidió ocultar el cadáver entre paredes en el mismo sótano y luego se dio a la tarea de buscar el gato para matarlo; pero este desapareció por días. Producto de la noticia de la desaparición de su esposa acudieron agentes policiales que revisaron la casa y el sótano una y otra vez y no encontraron evidencia alguna. Satisfecho con su triunfo, el hombre les dijo a los agentes que esa era una casa muy bien construida y golpeó con su bastón el tabique tras el que yacía su esposa. Entonces, se oyó un quejido que luego fue chillido continuo y sonoro. Los agentes derribaron el muro tras del que salía aquel quejido y descubrieron el cadáver de la esposa en cuya cabeza estaba el gato que con su voz acusadora delató al asesino.

4.1.3. Análisis del cuento.

Inicia *El gato negro* con la presencia de un protagonista que narra desde la prisión “una serie de simples acontecimientos caseros” que “me han atormentado, me han torturado y me han destruido”. Y en ese largo párrafo inicial indica “...No espero, ni solicito crédito para la más extraña, y con todo la más sencilla, de las narraciones que he escrito” y lo único que pretende ante la proximidad de su muerte es “descargar mi alma”. Hay en este *incipit* y en los enunciados antes descritos, un sentido donde priva la minimización de hechos violentos ejecutados por el hombre como el maltrato a los animales, el mutilar y ahorcar un gato, la agresión verbal, psicológica y física hacia la esposa y que culmina con la muerte, catalogando dicha violencia como “simples acontecimientos caseros”. Por otra parte, el contar y describir

lo sucedido no es un acto de arrepentimiento y confesión, no apunta a lamentar el crimen de la esposa, sino que es para “descargar mi alma”, nunca para pedir por el perdón y la salvación de la otra, la que él asesinó. Es evidente que el más importante, el único importante es él ante la posibilidad de su muerte que ve avecinarse. En síntesis, este *incipit*, esta introducción al cuento refracta esos valores patriarcales en los que “el hombre es el centro y razón de la vida”.

Respecto a la esposa, el siguiente enunciado en voz del agresor, refracta los preceptos asignados por el mundo patriarcal a la mujer. Dice el enunciado:

“... mi mujer, que en el fondo no dejaba de ser algo supersticiosa, hacía frecuentes alusiones a la antigua creencia popular que consideraba a todos los gatos negros como brujas disfrazadas”.

Es evidente que el valor de “supersticiosa” asignado a la esposa – valor que él nunca se asigna a pesar de catalogar como “extraña” su narración-, es de raigambre patriarcal y más bien constituye el disvalor expresado en la asimetría racional – irracional que caracteriza la comparación hombre-mujer. La “superstición” está definida como una creencia extraña a la fe religiosa y contraria a la razón y, por ende, la superstición se hace acreedora de esos valores impropios del raciocinio de los hombres según la asimetría señalada.

Por otra parte, en la comparación “gatos negros – brujas disfrazadas” hay una triple desvaloración hacia lo femenino: primero, es producto de la “superstición”; segundo, deriva de una “antigua creencia popular” – poco racional por ser antigua, por ser simple creencia y por provenir del vulgo – y, tercero, por la propia asociación gato negro – bruja, donde hay otras dos macroasociaciones negativas al identificar la brujería como algo propio de la mujer y a esas brujas con la oscuridad.

Además, “mi” mujer, forma posesiva empleada por el hombre personaje y narrador, no tiene voz en el cuento. Es ese hombre quien habla por ella sumiéndola no sólo en el silencio, sino en el anonimato. Al respecto indica Yadira Calvo, que “el valor del nombre radica en que proporciona identidad” y por ende “carecer de nombre equivale a no ser” (1990:40-41). Y en *El gato negro* la mujer no posee existencia social, existe solo como “mi mujer”, “mi esposa” o “la infeliz mujer”.

En fin, el enunciado anterior refracta muy estrechamente las valoraciones asignadas por la ideología patriarcal al género femenino, pues le asigna disvalores y en todo caso la refiere ausente de identidad. Caso contrario es la valoración hacia el hombre, que se ve expresada en las siguientes letras:

“... mi temperamento y carácter general (me avergüenza confesarlo) experimentaron una alteración hacia lo malo debido al demonio de la intemperancia. Me hice más taciturno, más irritable y más desconsiderado para los sentimientos de los demás. Yo sufría por usar con mi mujer un lenguaje brutal. Finalmente incluso le infligí malos tratos”.

La agresión psicológica y física hacia la mujer derivada de carácter irritable, la desconsideración hacia los sentimientos de otros producto de su temperamento, su falta de templanza, sus inmoderaciones, groserías y maldades producto de ...¡un demonio!, el de la intemperancia. Justificación de la violencia genérica a partir no de su propio ser, sino por intermedio de lo demoníaco. Él no es, el demonio de la maldad que se le ha metido y lo lleva a cometer esos actos. Así lo describe el hombre de carácter violento, ya que momentos antes de mutilar el gato negro y cuando este se defiende de la violencia del agresor... “La furia de un demonio se posesionó de mí inmediatamente” y “en un instante, mi alma original pareció abandonar mi cuerpo”, y cuando la esposa detiene su brazo para evitar que mate al otro gato negro, esta “intervención me aguijoneó con una rabia demoníaca y “hundí el hacha en el cráneo de la infeliz mujer”. El hombre entonces, “poseedor del raciocinio y la integridad, ha sido posesionado por la “rabia demoníaca” y su “alma original” parece abandonarle cuando asume esos actos de violencia contra los seres vivos, llámense los gatos o la esposa que actúa en defensa de aquellos; es decir, no es él quien actúa, sino que es alguien al que el alma le abandona y lo posee el mismo demonio. He aquí una justificación a partir de elementos sobrenaturales que lo sobrecogen y posesionan, elementos asociados al disvalor que en las asimetrías acompaña lo femenino. En conclusión, la maldad y lo demoníaco, en tanto valores negativos “asociados” a la mujer, lo poseen y en esa posesión actúan contra quienes lo han poseído. Y eso sucede a pesar de ser él la misma imagen de Dios, como se aprecia a continuación:

“...una bestia bruta significaba para mí, hombre hecho a imagen del Altísimo, un infortunio intolerable”.

Indicado entre líneas anteriores, el hombre ejerce la potestad del dominio sobre los animales a los que aquí, en el enunciado antes citado, denomina “bestia brutal”. Los animales entonces, en tanto forma y componente de la naturaleza, forman parte del dominio que el hombre ejerce sobre ellos por voluntad divina. Y es esta furia de la divinidad la que interesa destacar del enunciado, en particular cuando el hombre personaje identifica para él la frase “hombre hecho a imagen del Altísimo”. Esta referencia Hombre Dios, remite a los orígenes del patriarcado, pues, en tiempos más allá de 5.000 a.C. la situación era inversa, ya que la asociación era mujer – divinidad (Eisler, 1997:7) y predominaba una “cultura matriarcal centrada en la diosa” (Husain, 2001:30). Pero eso cambió. El hombre empezó a dominar las actividades agrícolas y ganaderas al requerirse de fuerza física y ese tránsito y los cambios que de él se derivan van a incidir en las creencias religiosas; esto porque la religión como producto social reproduce y expresa los principales puntos de vista del grupo de donde surgen. Si el hombre era el centro se desplaza la deidad femenina hacia una deidad masculina y surgen entonces Marduk, Ra, Zeus, Yabvé, Dios y Alá.

Estos dioses de género masculino van a responder a los esquemas de los patriarcas varones y por supuesto, se les va a asignar a esos dioses la creación del hombre. Dios hace al hombre a su imagen y semejanza y lo dota de poder sobre los animales y las aves del campo; además, le hace una

compañera que – de paso – rompe las normas impuestas por ese Dios masculino, el que le otorga al varón también el dominio sobre la mujer (Génesis, 3:14-19). Entonces, ese “hombre hecho a imagen de Altísimo” remite y refracta a una sociedad que en escritos de carácter sagrado y creados por el hombre patriarca se autoasignan la imagen de Dios.

En conclusión, múltiples enunciados y el sentido central de El gato negro de Edgar Allan Poe refractan algunos preceptos que la ideología patriarcal asigna al género femenino y masculino. Por lo tanto, el cuento reproduce esos criterios en tanto producto de un sujeto colectivo que refracta una mentalidad imbuida y penetrada por la sociedad patriarcal.

4.2. Es que somos muy pobres de Juan Rulfo.

4.2.1. Juan Rulfo.

Juan Rulfo (1918-1986), novelista y cuentista mexicano, nacido en Apulco (Jalisco), escenario de la Guerra Cristera (1926-1929) que había de influir tanto en su vida y en su obra.

En 1924, entró en la escuela primaria y ese mismo año murió su padre, y en 1930, su madre, por lo que quedó bajo la custodia de su abuela y entró en un orfanato de Guadalajara. Se trasladó a México en 1934 y en 1938 empezó a escribir su novela *Los hijos del desaliento*, y a colaborar en la revista *América*; en 1942, publicó dos cuentos en la revista *Pan*, que formarían parte de *El llano en llamas* (1953) junto con otros que fueron apareciendo en revistas. Es que somos muy pobres forma parte de la colección de cuentos publicada en 1953 bajo el título ya citado de *El llano en llamas*. Comenzó a trabajar para la Goodrich Euzkadi en 1946 como agente viajero y allí inició su notable labor fotográfica. Se casó en 1947 con Clara Aparicio con la cual tendría cuatro hijos.

Pasó a trabajar en el departamento de publicidad de la Goodrich y dos capítulos de su novela *Pedro Páramo* (1955) se publicaron en revistas y, luego el libro, traducido casi de inmediato al alemán por Mariana Frenk (1958), en breve y, sucesivamente, a varios idiomas; inglés, francés, sueco, polaco, italiano, noruego o finlandés.

Muchos de sus cuentos han sido llevados al cine y también él escribió guiones, como *El despojo*, sobre una idea original suya; *El gallo de oro* (1964) basado en una idea del novelista con guión de Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez; *La fórmula secreta* (1965), de Rubén Gámez con textos de Rulfo. En 1967, se hizo una película de *Pedro Páramo*, dirigida por Carlos Velo, y en 1973, *El rincón de las vírgenes*, largometraje de Alberto Isaac, sobre dos cuentos de Rulfo.

Siempre fue sido un gran viajero y participó en varios encuentros internacionales. En 1970 recibió el Premio Nacional de Literatura en México y en 1983 el Premio Príncipe de Asturias en España. Murió en 1986 en la ciudad de México.

4.2.2. Diégesis del cuento *Es que somos muy pobres*.

El hermano de Tacha y de otras dos hermanas describe las consecuencias lamentables de días de lluvia excesiva que provoca el desbordamiento del río: se pierde la cebada recogida que se asoleaba en el solar, se muere la vaca *Serpentina* regalada por el padre a Tacha y el becerro se ha perdido, el río

inunda la casa de la *Tambora* y se lleva el árbol de Tamarindo y “rodaban muchos troncos de árboles con todo y raíces abajo”. El hermano y su padre, principalmente, y ante la pérdida de la *Serpentina* que constituía el capital atractivo para un posible futuro matrimonio de la Tacha, tienen la preocupación de que ella tome el camino de sus hermanas. Estas, “se habían echado a perder porque éramos muy pobres”. Crecieron y “cuando uno menos se lo esperaba, allí estaban en el corral, revolcándose en el suelo, todas encueradas y cada una con un hombre trepado encima”. El padre las echó de la casa y se fueron de “pirujas” por ahí. La madre llora por aquellas dos hijas y se las encomienda a Dios, pero para el padre ellas ya no tienen remedio. “La peligrosa es la que queda aquí, la Tacha”, que le crecen unos “senos que prometen ser como los de sus hermanas: puntiagudos y altos y medio alborotados para llamar la atención”, que llora por su *Serpentina*, que tiembla y que “los dos pechitos (...) se mueven de arriba abajo, sin parar, como si de repente comenzaran a hincharse para empezar a trabajar por su perdición”.

4.2.3. Análisis del cuento.

Es que somos muy pobres está cargado de connotaciones negativas sobre las mujeres: *Jacinta* es la tía muerta, la *Tambora* carece de nombre propio y las hermanas son “pirujas”. Muerte, anonimato y “perdición”; mujeres prostitutas, gruñonas, obstinadas y por el camino de la perdición, “voces sociales cargadas de intenciones” (Bajtín, 1986:256), criterios que se refuerzan y son evidentes en el siguiente párrafo enunciativo sobre las “pirujas”:

Según mi papá, ellas se habían echado a perder porque éramos muy pobres en mi casa y ellas eran muy retobadas. Desde chiquillas ya eran rezongonas. Y tan luego que crecieron les dio por andar con hombres de lo peor, que les enseñaron cosas malas. Ellas aprendieron pronto y entendían muy bien los chillidos, cuando las llamaban a altas horas de la noche.

En forma clara y evidente existe un sentido a la profunda expresión de los preceptos patriarcales. Se puede agregar además, que son esas hermanas quienes toman la iniciativa para andar con los “hombres de lo peor” y aunque estos les enseñan “cosas malas”, ellas, en su “debilidad” las aprenden rápido y acuden al llamado de aquellos enseñadores y a los lugares que ellos determinen. Finalmente, en Ayutla o en algún lugar las retobadas y rezongonas “andan de pirujas”.

Merece especial atención en este cuento, la percepción del hermano – narrador, que es también la voz del padre y por ello la voz social sobre Tacha, su realidad, su vida, su futuro, su desarrollo físico y los peligros que la acechan; y de paso también sirve para conocer los valores autoasignados por esa voz del padre – hermano también adjudicados a la madre.

Tacha es una niña mujer. Tiene doce años acabados de cumplir y su padre le regaló para el día de su santo una vaca dormilona que había adquirido gracias a muchos trabajos. El padre, entonces, es un hombre trabajador, al que le da “coraje” ver como se moja la cebada y cuyo propósito en el regalo a su hija era que, con ese “capitalito”, algún “hombre bueno” se casara en un futuro con ella, aunque fuera

“solo por llevase aquella vaca tan bonita”. El “padre, hermano” entonces decide y define las estrategias para que se “lleven” a la hija y hermana en el futuro. Es una estrategia bondadosa, porque quieren para su hija hermana lo mejor, que “pueda casarse con un hombre bueno, que la pueda querer para siempre”. Hay entonces representados en esas figuras varoniles, todos los principios que se asocian al hombre en el mundo de los patriarcas: buenos, bondadosos, bravíos, planificadores. Pero hay un problema grave: la vaca ha muerto y su becerro no se sabe si podrá aparecer; todo parece perdido, aunque .. “La única esperanza que nos queda es que el becerro esté todavía vivo”. Pero mientras esto no se conozca, ...”La apuración que tienen en mi casa es lo que pueda suceder el día de mañana, ahora que mi hermana Tacha se quedó sin nada”. ¿Y qué puede suceder? Que “mi hermana Tacha esté tantito así de retirado de hacerse piruja. Y mamá no quiere”. Es decir, la pobreza en la que ha quedado Tacha, o el no contar con un “capitalito” que ofrecer como “dote de compañía” de su persona, le hará casi imposible conseguir un hombre bueno para casarse y si no logra esto está a un paso de hacerse prostituta. Por ende, mujer pobre – mujer “piruja”. ¡Y la madre!, que no quiere que su hija se haga “piruja”, ¿Quién es? ¿Cuál es la preocupación que tiene sobre sus otras hijas, “las pirujas” Obsérvese con detalle el siguiente párrafo, antes de seguir con la Tacha para determinar el sentido del enunciado sobre la madre:

Mi mamá no sabe por qué Dios la ha castigado tanto al darle unas hijas de ese modo, cuando en su familia, desde su abuela para acá, nunca ha habido gente mala. Todos fueron criados en el temor de Dios y eran muy obedientes y no le cometían irreverencias a nadie. Todos fueron por el estilo. Quién sabe de donde les vendría a ese par de hijas tuyas aquel ejemplo. Ella no se acuerda. Le da vueltas a todos los recuerdos y no ve claro dónde estuvo su mal o el pecado de nacerle una hija tras otra con la misma mala costumbre. No se acuerda. Y cada vez que piensa en ellas, llora y dice “Que Dios las ampare a las dos”. (1974:85).

Las hijas son “pirujas”, a pesar de no haber un motivo familiar que explique esa actitud. Pero sí hay dos razones explícitas vinculadas ambas a la madre, aunque ella tampoco se explica esos motivos: el uno, un castigo de Dios, y el otro, el pago a un mal o pecado por ella cometido aunque no tiene claro dónde o cuándo lo cometió. En concreto, sus hijas son prostitutas por un mal por ella cometido y, por lo tanto Dios la ha castigado aunque ese castigo y mal sean inexplicables. Es la autoasignación – en realidad asignación -, que las voces de los hombres otorgan a la madre y la responsabilizan por “la maldad” de sus hijas, y Dios, que todo lo ve, representante por excelencia de la ideología de los patriarcas, castiga a la madre por una conducta de las hijas que se aleja del modelo de lo que debe ser una mujer.

La madre finalmente, y en otra asignación valórica, llora por su mal y castigo, piensa en las hijas y en una máxima de sentimiento al Dios que la ha castigado sin que ella sepa el porqué, le pide que ampare a sus hijas.

En cambio el padre, dice que “aquello ya no tiene remedio”, y la voz del padre-hermano, expresa y denuncia en su mayor pureza las verdaderas razones que pueden conducir a la Tacha por el camino de la “pirujería”.

La peligrosa es la que queda aquí, la Tacha, que va como palo de orote crece y crece y que ya tiene unos comienzos de senos que prometen ser como los de sus hermanas: puntiagudos y altos y medio alborotados para llamar la atención. (1974:85).

Son esos “comienzos de senos que prometen ser (...) alborotados”, son esos “dos pechitos de ella” que “se mueven de arriba abajo, sin parar” y que comienzan “a hincharse” lo que “le llenará los ojos a cualquiera dondequiera que la vean y acabará mal, como que estoy viendo que acabará mal”, indica la voz del padre. Es decir, es el propio y natural desarrollo físico de la mujer el que va “a trabajar por su perdición”. Se le asigna así al cuerpo de la mujer, a su condición física particular, a las expresiones visibles de su sexualidad genérica, el motivo mismo de su perdición, el motivo para que se conduzca hacia el camino de la “pirujería”. No es la pobreza, no es la ausencia del “capitalito” lo que incide en última instancia para que se haga o no “piruja”, es “piruja” por su cuerpo, está a un “tantito así de retirado de hacerse piruja” por esos dos senos que le crecen “alborotados para llamar la atención” y que “comenzarán a hincharse para empezar a trabajar por su perdición”. He aquí la equivalencia cuerpo de mujer “piruja”, cuerpo de mujer perdición y maldad; en fin, “la difamación del sexo y de la mujer” (Eisler, 2000:4), pero sobre todo la difamación de la sexogenitalidad de la mujer por medio de un lenguaje que “garantiza el orden patriarcal, heredero y generador, a la vez, de una vasta tradición sexista”, impide percibir lo femenino, lo desvirtúa, lo ignora y lo descalifica” (Calvo, 1990:10).

Es que somos muy pobres entonces, refracta a todo lo largo de su enunciación una sociedad patriarcal de hombres “buenos” y mujeres “malas”, valoración del hombre y desvaloración de la mujer.

5. Conclusión.

En conclusión, se puede indicar que los preceptos ideológicos asignados al género femenino y masculino, son una creación de los hombres, quienes al dominar las principales actividades económicas de la sociedad, impusieron su dominio y control sobre otros hombres, los niños y las mujeres, en particular sobre su sexualidad y reproducción. Dichos preceptos se imponen en la oralidad, la palabra escrita y la ley, justificando dicha imposición a partir de connotaciones míticoreligiosas que no fueron más que versiones antiguas creadas por los hombres para su beneficio. Así, los preceptos adquieren connotaciones de ser naturales y, sobre todo, divinos, asignándose el hombre este carácter porque “está hecho a imagen y semejanza de Dios”.

El control de la sexualidad femenina, por parte del hombre, interrumpe una lejana tradición erótica y convierte toda manifestación ligada al erotismo, la sexogenitalidad y la feminidad sexual en perturbadora del hombre y del orden social. La mujer será, exclusivamente, receptáculo de reproducción por “naturaleza”, y fuera de ese precepto, todo acto será tachado como maligno y asociado a lo oscuro y pecaminoso, por ende, demoníaco.

En *El gato negro* de Edgar Allan Poe, implícitamente se refracta una sociedad que le otorga al hombre el dominio y legitimación sobre la naturaleza incluyendo en ella a las mujeres. Además, y ante la

potestad de maltrato, tortura y muerte, el hombre justifica su actitud a partir de la posesión demoníaca pretendiendo con ello librar su raciocinio. En este cuento, el hombre es semejanza de Dios ejerciendo el dominio sobre todo lo creado. Finalmente, la mujer carece de voz y se le asignan, por parte del hombre, valores como la superstición, la irracionalidad y la brujería; pero ,también, papeles estereotipados como la ternura, el cariño, la docilidad, la paciencia y el sufrimiento.

Por otra parte, *Es que somos muy pobres* de Juan Rulfo otorga valores y papeles positivos a los hombres y en cambio los mismos son negativos en las mujeres. Existe una designación despectiva o anónima hacia la mujer o bien le asignan “nombres” como la Tambora, la Tacha y las “pirujas” de clara connotación “puteril” e incluso se describe a la niña mujer como un cuerpo de provocación y maldad. El hombre, en cambio, es tratado con palabras de respeto e importancia denotándose así que el lenguaje contribuye a perpetuar las relaciones asimétricas generadoras por la ideología patriarcal.

El gato negro y *Es que somos muy pobres*, en tanto creaciones artístico-literarias, expresan las “voces socio-ideológicas” de un contexto histórico en el que predominan valoraciones de carácter patriarcal, literatura entonces que refracta centros axiológicos abierta o solapadamente misóginos, y como contraparte, de exaltación a diversos principios asociados a lo masculino.

Bibliografía.

Alvarado Murillo, Antonio. 2002. *El tejido de Penélope o la trama ideológica sobre la cual se asentó el patriarcado en Grecia antigua: una lectura de la Odisea de Homero*. Tesis. Universidad de Costa Rica.

Bajtín, Mijail. 1986. *Problemas literarios y estéticos*. Trad Alfredo Caballero. La Habana: Editorial Arte y literatura.

-----, Medvedev, Pavel. 1994. *El método formal en los estudios literarios*. Prólogo de Amalia Rodríguez. Trad. Tatiana Bubnova. Madrid: Alianza Editorial.

Biblia de Jerusalén. 1982. Madrid: Editorial Desdée de Breower.

Bottomore, Tom. (Director). 1984. *Diccionario del pensamiento marxista*. Madrid: Editorial Tecnos, S.A.

Calvo, Yadira. 1990. *A la mujer por la palabra*. Heredia C.R: EUNA.

Campos Guadamuz, Álvaro y José Manuel Salas Calvo. 2002. *El placer de la vida sexualidad infantil y adolescente: su pedagogía a cargo de personas adultas*. San José: Lara Segura Editorial.

Cross, Edmond. “Introducción a la Sociocrítica” (conferencia N°1) *Kañina*. XI. (1986):69-76.

De Beauvoir, Simone. 1994. *El segundo sexo*. Vol. 1. México, D.F., Ediciones Siglo XXI.

Dué, Andrea. 1994. *Las primeras tierras habitadas de los primates al homo sapiens*. Barcelona: Edición española BIBLIOGRAF.S.A.

Eisler, Riane. 1997. *El cáliz y la espada: la mujer como fuerza en la historia*. Trad. Renato Valenzuela M. México D.F: Editorial Pax México.

- 2000. *Sexo, mitos y política del cuerpo*. México D.F: Editorial Pax México.
- Falcón, Lidia. 1994. *La razón feminista*. Madrid: VINDICACIÓN FEMINISTA Publicaciones.
- García Méndez Javier. "Por una escucha bajtiniana de la novela latinoamericana". *Casa de las Américas*. 160 (1987): 10-30.
- Gutiérrez, Germán. Dominación patriarcal, feminismo, género y liberación. **PASOS**. 109 (2003):18-22.
- Harris, Thomas A. 1978. *Yo estoy bien, tu estás bien*. Trad. R Hernández Sol. México D.F: Edit. Grijalbo SA.
- Haywood, John. 2001. *Atlas histórico del mundo*. Trad. Alberto Clavería. Colonia: Konemann Vernagspesenschaft mbH.
- Husain, Shahrukh. 2001. *La diosa*. Trad. Margarita Cavaldoli. Singapore: Duncan Bard Publishers Lda.
- Klapisch-Zuber. "La mujer y la familia". 1995. En: Jacques LeGoff. *El hombre medieval*. Traducción Julio Martínez Mesanza. Madrid: Alianza Editorial, S.A.
- Lerner, Ferda. 1990. *La creación del patriarcado*. Trad. Mónica Tusell. Barcelona: Editorial Critica, S.A.
- Lerer, María Luisa. 1995. *Sexualidad femenina, mitos y realidades*. 3° Edic. Buenos Aires, Argentina. Editorial Piados S.A., ICF.
- Poe, Edgar Alan. 1969. *Obras en Prosa*. Traduc. De Julio Cortázar .Puerto Rico: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Rodríguez Pepe. 2000. *Dios nació mujer*. Madrid: Ediciones B,S.A.
- Rulfo, Juan. 1974. *El llano en llamas*. México D.F.:Fondo de Cultura Económica.
- Straus, Levi. 1996. *La familia: en polémica sobre el origen y universalidad de la familia*. Trad. José R. Llorera. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Tichler, Jaya. La mujer: los mitos y las cadenas del miedo. *Revista Costarricense de Psicología*. 4 – 5 (1994):53-94.